

—¿Quién eres? pregunté reuniendo todas mis fuerzas; ¿por qué me despiertas?

—Para hacerte un favor, me respondió.

—¿Dónde estoy?

—En el cementerio.

—¿Y quién eres?

—Un amigo.

—Déjame en mi sueño.

—Escucha, me dijo; ¿te acuerdas de la tierra?

—No.

—¿No recuerdas nada?

—No.

—¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Lo ignoro.

—Pues te lo diré. Has muerto hace dos días, y tu última palabra ha sido el nombre de una mujer, en vez de ser el nombre de Dios. Tu alma, pues, pertenecería á Satanás si Satanás quisiera tomarla. ¿Me comprendes?

—Sí.

—¿Quieres vivir?

—¿Eres tú Satanás?

—Satanás soy. ¿Quieres vivir?

—Solo?

—No; volverás á verla.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Dónde?

—En su casa.

—Acepto, dije intentando levantarme, tus condiciones.

—Ninguna te impongo, respondió Satanás; ¿crees acaso

que de tiempo en tiempo no soy capaz de hacer un beneficio? Esta noche da tu amada un baile y te llevaré á él.

—Partamos entonces.

—Partamos.

Satanás me tendió la mano, y me levanté.

Me sería imposible daros una idea de lo que sentía. Lo único que puedo deciros es que experimentaba un frío horrible, que helaba mis miembros por completo.

—Sígueme, dijo Satanás; ya comprendes que no me es posible hacerte salir por la puerta grande, porque el conserje no te dejaría pasar, querido; aquí se entra, pero no se sale. Sígueme, sin embargo; iremos á tu casa y te vestirás, pues no debes ir al baile en el traje en que te hallas, tanto mas cuanto que no es un baile de máscaras. Envuélvete, no obstante, con cuidado en el sudario, porque la noche está fresca, y podrias resfriarte.

Al decir esto Satanás soltó una carcajada que me hizo estremecer, y continué andando detrás de él.

—Estoy seguro, añadió, que no me amas todavía á pesar del gran favor que te hago; todos los hombres sois iguales: ingratos para vuestros amigos. No creas por eso que blasfemo de la ingratitud; es un pecado inventado por mí y de los que mas ganancias me dan. Quiero solamente verte menos triste, y esta es la sola recomendacion que te hago.

Yo le seguía siempre, blanco y frío como una estatua de mármol movida por un resorte; solamente en los momentos de silencio se hubiera oido el ruido de mis dientes bajo el influjo de un frío glacial, y el choque de mis huesos que crugían á cada paso.

—¿Llegaremos pronto? pregunté.

—¡Impacientel exclamó Satanas; ¿es muy bella tu querida?

—Como un ángel.

—¡Bahl Confiesa que eres poco delicado en tus palabras; la comparas á los ángeles ante mí, que lo he sido, y cuando ningun ángel hubiera hecho por tí lo que yo acabo de hacer. Te perdono, sin embargo; algo hay que dispensar á un muerto de dos días. Y además, estoy muy contento esta noche: suceden en el mundo cosas que me llenan de alegría. Creía que los hombres se habían hecho virtuosos, y veo que son siempre los mismos tales como yo los he hecho. Tengo, desde ayer, seiscientos veintidos suicidas, contando solamente los de Europa, entre los cuales hay mas jóvenes que viejos, lo que es una pérdida, porque mueren sin hijos; dos mil doscientos cuarenta y dos asesinos, tambien de Europa solamente, pues nunca cuento los de las otras partes del mundo, como esos grandes capitalistas que nunca saben de cierto lo que tienen; dos millones seiscientos veintitres mil novecientos setenta y cinco adúlteros de ambos sexos, número no muy elevado si se tienen en cuenta los bailes; mil doscientos jueces venales y prevaricadores, y además, lo que me causa mas placer que nada, veintisiete hermosas jóvenes, de las cuales la mayor no llega á diez y ocho años, que han muerto blasfemando del nombre de Dios. Cuenta, querido, y verás que tengo una entrada de dos millones seiscientos veintiocho mil almas en Europa solamente y eso sin contar los incestos, las violaciones, etc. Así, estableciendo un término medio de tres millones de almas por día, calcula cuánto tiempo será necesario para que el mundo entero sea mio. Voy á verme obligado á comprar á Dios el paraíso para agrandar el infierno.

—Comprendo tu alegría, murmuré apretando el paso.

—¡Ahl! ¡Me tienes miedo! exclamó Satanas con aire som-

brío; ¿acaso soy tan repulsivo, tan antipático? Ven, razonemos un poco, te lo ruego. ¿Qué sería el mundo sin mí? Una cosa sin importancia, un mundo con sentimientos nacidos del cielo y sin pasiones engendradas por mí; la humanidad se moriría de fastidio, amigo mio. ¿Quién ha inventado el oro? Yo. ¿Y el juego? Yo. ¿Y el amor? Yo. ¿Y las negocios? Siempre yo. ¡El hombre debería estarme agradecido, y sin embargo, me aborrecel. Vuestros poetas, por ejemplo, que tanto hablan de amor puro, no comprenden que, al mostrar el amor que salva, enseñan tambien la pasión que pierde; y es que, gracias á mí, lo que siempre buscáis es, no la mujer pura y casta, como la Virgen, sino la mujer pecadora, como Eva. Y tú mismo, en este instante; tú, que acabas de salir de la tumba; tú, que tienes todavía el frío y la palidez de los cadáveres, no vas á buscar en esa mujer un amor puro, sino una noche de placer. Ya ves que el mal sobrevive á la muerte, y que, si el hombre pudiera escoger, preferiría una eternidad de pasiones á una eternidad de dicha. Prueba de esto es que, por algunos años de pasiones sobre la tierra, pierde la felicidad eterna de los cielos.

—¿Llegaremos pronto? volví á preguntar, pues me parecia que andábamos sin adelantar un paso.

—¡Siempre impacientel replió Satanas, y sin embargo, trato de abreviar el camino cuanto me es posible. Ya comprendes que no puedo pasar por la puerta, hay en ella una cruz, y la cruz es mi aduana. Tendría que detenerme, que santiguarme, y yo puedo muy bien cometer un crimen, pero no un sacrilegio; además, como ya te he dicho, no te dejarían salir. No es fácil marcharse del cementerio, y sin mí hubieras tenido que esperar la resurrección eterna, que está un poco lejana. Sígueme, pues, y está tranquilo; ya llegare-

mos; te he prometido un baile y le tendrás; mi palabra está empeñada, y mi firma es muy conocida.

Era tan horrible, tan acerada la ironía de mi siniestro compañero, que cada una de sus palabras me causaba un estremecimiento penoso.

Continuamos andando, y llegamos por fin á un muro, ante el cual habia algunas tumbas formando escalera. Satanás puso el pié sobre la primera, y contra su costumbre, marchó sobre aquellas piedras bendecidas hasta que llegó á lo alto de la muralla.

Yo tenia miedo de seguirle.

Entonces me tendió la mano y dijo:

—Sube, no hay el menor peligro.

Cuando estuve á su lado me preguntó:

—¿Quieres ver lo que en este momento pasa en París?

—No, marchemos, respondí.

—Marchemos, pues que tienes tanta prisa.

Saltamos á tierra desde lo alto del muro.

La luna, bajo la mirada de Satanás, se velaba como una jóven pudorosa ante una mirada atrevida. La noche estaba fría, las puertas cerradas, las ventanas sombrías, las calles silenciosas; todo á nuestro alrededor tenia un aspecto fatal. Parecia que, cuando el sol empezase á alumbrar, nadie abriría las puertas, ninguna cabeza se asomaría á las ventanas, ninguna voz turbaría el silencio; yo creia caminar por una ciudad muerta hacia muchos siglos y renacida de sus cenizas, y hubiera jurado que París se habia despoblado para poblar el cementerio. Caminábamos sin oír el mas pequeño rumor, sin encontrar una sombra; el camino fué largo y al fin llegamos á mi casa.

—¿La reconoces? me dijo Satanás.

—Sí, entremos, contesté.

—Espera, es necesario abrir. Tengo una segunda llave de todas las puertas, excepto la del Paraíso.

Entramos; la calma del exterior continuaba en el interior.

Yo no respiraba; en mi casa todo estaba en el mismo orden que yo lo habia dejado, pero con ese tinte sombrío y lúgubre que da la muerte. La sola cosa animada que ví fué mi gran péndulo, al lado del cual habia muerto, y que continuaba midiendo las horas de mi eternidad como habia marcado las de mi vida.

Fuí á la chimenea y encendí una bugía, pues todo lo que me rodeaba se me aparecia á través de una claridad ténue y fantástica, que me daba, por decirlo así, una vista interior. Ví entonces el retrato de mi madre, sonriéndose siempre; abrí los libros que leia poco antes de mi muerte, las obras de mi profesion, y tuve que desengañarme: lo que pasaba por mí no era un sueño, era realidad.

Satanás, en tanto, metido en un rincón, leia atentamente las *Vidas de los Santos*.

En aquel momento pasé ante un grande espejo y me ví en mi extraño traje, cubierto con un sudario, pálido, con los ojos hundidos.

Me llevé la mano al corazón y ví que no latia.

La llevé á la frente, y la frente estaba fría como el mármol, el pulso muerto como el corazón.

Y sin embargo, yo reconocia todo lo que habia dejado en el mundo; mis ojos se fijaban en todo, mi cerebro trabajaba: luego vivia.

Lo que mas me horrorizaba era que no podia apartar mis ojos de aquel espejo que me enviaba mi imagen pálida, sombría, helada, muerta. Cada movimiento de mis labios, refle-

jándose en él, me parecía la espantosa sonrisa de un cadáver. El terror me dominaba y no podía apartarme de aquel sitio ni podía gritar.

El reloj dejó oír ese rumor especial que precede á la hora en los antiguos péndulos; luego dió dos campanadas.

Eran las dos de la mañana.

Algunos momentos despues sonó la hora en una iglesia vecina, luego en otra, luego en otra mas lejana.

Un ángulo del espejo me dejaba ver la imágen de Satanas, que se habia dormido sobre las *Vidas de los Santos*.

Para huir de la influencia del maldito espejo me volví de espaldas; pero habia otro en frente del primero, y en ellos me ví repetido millares de veces con la claridad vaga é incierta que esparcía la débil luz de una bugía en una sala tan extensa.

Mi miedo llegó entonces á su colmo, y lancé un grito.

Satanas se despertó.

—Hé aquí, dijo mostrándome el libro, con lo que se quiere dar la virtud á los hombres. Con tonterías que me han hecho dormir, á mí, que ha mas de seis mil años velo.

Luego dejó el libro y me dijo:

—¿Estas ya listo?

—Pronto lo estaré, repuse.

Y empecé á vestirme; de tiempo en tiempo me tocaba el pecho y la frente, uno y otra estaban como el hielo.

Hazme un favor, me dijo Satanas; toma tu ropa y tu dinero, todo tu dinero; rompe las cerraduras, deja abiertos los cajones, y mañana la justicia encontrará motivo para condenar á algun pobre diablo por robo con fractura; ese será mi pequeño beneficio.

Cuando estube dispuesto miré á Satanas.

—¿De cierto voy á verla? le dije.

—Antes de cinco minutos.

—¿Y mañana?

—Mañana volverás á tu vida ordinaria; yo no hago las cosas á medias.

—¿Sin condiciones?

—Sin condiciones.

—Partamos, pues, dije.

—Partamos.

Salimos de la casa, y poco despues estábamos delante de la casa de mi amada.

Subimos y reconocí el vestíbulo, la escalera, las antecámaras. Los salones estaban llanos de gente; era una fiesta deslumbrante de luces, de flores, de pedrerías y de mujeres.

Se bailaba.

Me incliné hácia Satanas, que no me habia dejado, y le dije:

—¿Dónde está?

—En su tocador.

Esperé á que concluyese la contradanza y atravesé el salon. Los espejos me hicieron ver mi sonrisa helada y cadavérica: pero aquello no era ya la soledad, sino el mundo; no era ya el cementerio, era un baile; no era ya la tumba, sino el amor. Olvidé el sitio de dónde venia, para no pensar sino en la mujer que me llamaba.

Llegué á la puerta del tocador, y allí la ví, mas bella que nunca, mas pura que un ángel. Vestia una túnica de una blancura deslumbradora, y tenia los hombros y los brazos desnudos. Estaba rodeada de jóvenes á quienes no escuchaba, y apenas me vió se levantó dirigiéndose á mí con una sonrisa encantadora.

—Ya sabeis que estoy fuerte, me dijo.

La orquesta empezaba á tocar.

—Y para demostrároslo, añadió apoyándose en mi brazo, vamos á bailar.

En aquel momento ví á Satanás cerca de mí.

—Has cumplido tu palabra, le dije; ¡gracias! pero necesito poseer á esta mujer esta misma noche.

—La poseerás, respondió; pero límpiame el rostro: tienes un gusano en la mejilla.

Y desapareció, dejándome mas frio que antes. Dominéme, sin embargo, enlacé el talle de aquella mujer, á quien venia á buscar desde el fondo de la tumba, y me lancé con ella en el torbellino del wals.

Nuestros pechos se tocaban, nuestros alientos se confundian: mis ojos estaban fijos en los suyos, y su mirada radiante de pasión, parecia decirme: «Si tú supieras los tesoros de amor que yo daría al que me amase; si tú supieras cuánta voluptuosidad hay en mis caricias, cuánto fuego hay en mis besos!..... ¡Al que supiese amarme le daría todas las bellezas de mi cuerpo, todos los sentimientos de mi alma!

Cuando terminó el baile, aquella mujer se reclinó en mis brazos, con el pecho oprimido, pálida, anhelante, y la llevé á un tocador, donde nos encontramos solos.

Dejé caer en un sillón, inclinéme sobre ella y la dije:

—¡Si supierais cuánto os amo!.....

—Lo sé, me respondió; y yo os amo tambien.

Era para volverme loco.

—¡Por una hora de amor con vos, exclamé, daría mi vida; por una noche daría mi alma!

—Escuchad, me dijo abriendo una puertecilla oculta en



Nuestros pechos se tocaban, nuestros alientos se confundian.

la tapicería, dentro de un momento estaremos solos; espérame.

Me empujó dulcemente y me encontré solo en su dormitorio, iluminado por la lámpara de alabastro.

Oí los carruajes que partían uno á uno, y luego, cuando hubo marchado el último, reinó un silencio profundo.

Pasé dos horas entregado á pensamientos tristísimos, y al fin, cuando me acordé de mi madre, que tal vez, mientras yo me disponía á una noche de amor, se preparaba á una noche de insomnio, velando mi recuerdo, como había velado mi enfermedad, las lágrimas acudieron á mis ojos. Entonces me levanté, y ví en un espejo una sombra blanca detros de mí. Era mi amada.

Por fortuna mi corazón no latía, pues de emoción en emoción, había acabado por estallar.

Cayó en mis brazos y lo olvidé todo. ¡Qué noche!... ¡Fué una noche imposible de contar, con placeres desconocidos, con deleites tales que casi se aproximaban al sufrimiento! ¡Yo no encuentro en mis sueños de amor nada parecido á aquella mujer, ardiente como una cortesana, casta como una vírgen, cuyos besos quemaban los labios, cuyas palabras abrasaban el corazón!

La lámpara comenzó á palidecer cuando el día empezaba á apuntar.

—El día llega y es necesario que nos separemos, me dijo entonces; pero esta noche, á primera hora, te espero.

Por última vez sentí sus labios sobre los míos y partí.

Pasé el día como un loco. Las horas se me hacían siglos.

Hay algo que se desea más que la primera noche que se pasa con la mujer amada, y es la segunda. Sí, porque el recuerdo del placer pasado, aviva la sed del placer futuro.

Apenas llegó la noche, corrí á su casa.

—¿A dónde vais? me preguntó el portero.

—A casa de Mme. P..... respondí.

—¡Mme. P.....! exclamó mirándome con sorpresa; ¡hace dos meses que ha muerto la señora, y aquí vive solamente su marido!

Lancé un grito y caí de espaldas.

—¿Y despues? exclamamos el doctor y yo.

—Despues me desperté; porque todo había sido un sueño

FIN.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## UN BAILE DE MASCARAS

POR

ALEJANDRO DUMAS

Aunque había dicho á mi criado que no estaba en casa para nadie, uno de mis mejores amigos quebrantó la consigna. Era M. Antony R.....

Distinguí tras la librea de José el extremo de un redingote negro, y como era probable que el portador de aquel redingote hubiese, á su vez, visto mi bata, no había medio de negarse.

—Que entre, dije respondiendo al anuncio de mi criado.

Y añadí para mi capote:

—Así se le lleve el diablo.

Cuando se está trabajando, solo la mujer á quien se ama puede impunemente venir á importunarnos; y es que su recuerdo está siempre para algo en lo que hacemos.